

Rif y Yebala, separadas ambas por el río Uringa que muere en el Mediterráneo. Su suelo, eminentemente montañoso, vese surcado por un gran número de ríos de muy escaso caudal casi todos, pues siendo el Muluya el más profundo (1-3 metros), la mayoría tiene una profundidad menor de un metro, y pertenecen a los llamados ríos de aluvión; hay algunos, como el Zeluán, de agua salobre en casi todo su curso, y todos tienen tendencia a la formación de pronunciadas barras por desnivel respecto al mar del terreno por donde corren y por desembocar en costas muy combatidas por corrientes marinas y con pronunciado arrastre de arenas. Estas barras de ríos de escasa importancia, y en épocas de calor, llegan a ser verdaderas lenguas de arena seca que interrumpen la marcha del agua fluvial transformando todo el curso del río en un alargado estanque de aguas cenagosas y fétidas. En sus márgenes crecen con exuberancia algas y juncos, que en muchos lugares constituyen casi la única vegetación de aquel país agresivo y árido en general, siendo un fenómeno curioso el murmullo sordo y continuo que percibe el viajero al pasar junto a esos ríos en las horas pesadas de sol en verano, y que simula el discurso del agua, cuando en realidad sólo es producido por el vuelo entre los juncales y sobre las aguas negras y quietas de miles y miles de mosquitos.

La quebrada orografía de nuestra zona permite, sin embargo, la aparición de extensas llanuras, en las que precisamente la vegetación es más pobre, dándonos la impresión que de los paisajes africanos todos tenemos imaginativamente preformada. Porque así como en los valles y ondulaciones de la sierra, en Yebala especialmente, la vegetación es espléndida y pueden admirarse muy bellos paisajes (todo el territorio de Larache rierte y florido, la vega de Tetuán y, muy cerca de ella, Beni-Salah, de triste recordación militar, son buenos ejemplos), en cambio, en esas llanuras, tan frecuentes en el Rif, ni un árbol, ni unas hierbas se ofrecen a nuestra vista; solo el suelo rojizo, calcinado por el sol, se extiende buscando el horizonte, sin que la vida, en enorme extensiones, dé la más leve señal de existencia.

Cuatro son las llanuras que tienen verdadera razón geográfica: la de Bu Ergen Quebdana (200 km²); la de Zebra, en la orilla izquierda del Muluya (400 km²); la de Garet, al Sur de Guelaya (700 km²), y la de Guerranao, entre el Kert y el Muluya (600 km²). Abundan, además, en las costas las dunas y las marismas, siendo muy conocida en este sentido la especial fisonomía de la costa que une a Ceuta con Tetuán.

El clima es extremadamente caluroso en el llano durante el estío (frecuentes son los casos de insolación entre nuestros soldados) y apacible en el invierno, semejándose mucho en ésta época al clima suave y tibio de nuestras provincias andaluzas del litoral. En muchas regiones, si embargo, puede afirmarse que la temperatura no baja de los 25° C. durante todo el año, y el verano castiga de tal modo en algunos parajes que, como detalle gráfico, puedo citar el que, en

algunas posiciones militares (zona de Larache), de las botellas que contienen líquidos acuosos (soluciones antisépticas, agua de bebida) el calor hace saltar con estrépito sus tapones.

Las lluvias, en ciertas regiones de Yebala, son muy abundantes, a veces torrenciales, y duran meses enteros (febrero, marzo, abril) con una persistencia abrumadora.

Los indígenas de este país son en su mayoría *bereberes*, la raza primitiva del Mogreb, aunque una invasión de *árabes*, que hasta allí llegaron en son de guerra, produjo como mestizo el *morro* que constituye hoy, aproximadamente, el 50 por 100 de la población total. Los árabes puros se conservan en muy escasa proporción (el 16 por 100), habiendo un 7 por 100 de *negros* procedentes de las caravanas que del Sudán llegaban a Marruecos para surtir de esclavos al Sultán y a los grandes señores, y otro 7 por 100 de *judíos* descendientes de los expulsados de España y que, como en Stambul, han conservado el habla hispana aun en pleno corazón inexplorado de la Berbería española.

Prescindiendo de los israelitas, que conservan sus viejos ritos, con el Antiguo Testamento y el Talmud como libros sacros, y sus misteriosas Sinagogas en los oscuros rincones de las Juderías, el resto de aquellos indígenas profesan la religión de Mahoma, siendo en su mayoría de una absoluta incultura y de un feroz fanatismo. Las cofradías religiosas de los *Aias-sauas*—comedores de animales vivos, que despedazan con los dientes a la vista del público por las calles—y de los *Hamachas*, con sus bárbaras prácticas de martirio y la escrupulosidad en la observancia del *Ramadán*—abstinencia absoluta de *alimento, bebida y todo goce material*, de salida a puesta del sol, durante un mes lunar, de cada año—no pueden menos de impresionar a quien tiene ocasión de conocerlas.

Son sin embargo, inteligentes, aunque reacios a aceptar las ventajas de la civilización nuestra, sin llegar tal vez a ser merecedores de estas palabras, que se leen en el *Atlas Larousse Illustré*: «En aquel país, el sol es ingrato y la montaña ruda como los *bandidos* que la habitan». Conservan la atracción del salvaje hacia las *cuentas de vidrio*, y así la industria francesa ha podido llenar los palacios de nuestros moros ricos de innumerables lámparas de cristal tallado y... de relojes de pared. Es casi lo único que se encuentra en sus casas de carácter europeo.

Abusan del té con hierbabuena y del *kiff*, y aunque, en general, son muy amantes de las abluciones y de los baños, impuestos, además, por su religión, sus prácticas higiénicas no pasan de la costumbre de lavarse *tres veces* aquella parte del cuerpo que corresponda, antes y después de cualquier acto que en la vida corriente lo requiera. Muy descuidados en la limpieza de la ropa, son muy frecuentes en ellos los ectoparásitos, que también encuentran fácil acomodo en las múltiples alfombras, esteras y colchonetas, que casi exclusivamente forman todo su mobiliario.